



EL ESLABÓN SINAITICUS



“El hallazgo oculto en el tiempo,
que traerá la muerte al presente,
y la última prueba a la humanidad”



© Sonia Tomás Cañadas

© El Eslabón Sinaiticus.

© Crown. All rights reserved.

Queda rigurosamente prohibido, sin la autorización escrita de la titular del «Copyright» bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y la distribución de ejemplar alguno mediante alquiler o préstamo públicos.

<http://www.SoniaTomas.com>

<https://www.facebook.com/soniatomasescritora>

<http://twitter.com/SoniaTomas>

Nota de la autora

La mención en esta Novela de monumentos, lugares, calles, hechos históricos a los que se refiere y alusiones a personajes de renombre, son totalmente verídicos.

Para el resto, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

A Efrén y Fernando, por supuesto.

OMNES ENIM ET GLORIAM EGENT PECCAVERUNT DEI

ROMANUS 3:23

POR CUANTOS PECARON Y ESTÁN DESTITUÍDOS DE LA GLORIA DE DIOS

ROMANOS 3:23

PRÓLOGO

Desde la existencia de la vida, las mutaciones físicas han estado presentes por diversas causas. Sin embargo, en el pasado, algún espacio de tiempo en el Medievo londinense trajo consigo un nuevo fenotipo. Un sobrecogedor suceso que marcaría el futuro de la historia «para siempre».

En algún lugar de la Iglesia de San Pedro en la Abadía de Westminster, hubo un tiempo en el que la más recóndita de sus celdas era destinada clandestinamente a la atención médica de aquellos que su ilustre linaje adinerado beneficiaba y a cierto grupo de frailes anglicanos. Camuflados bajo un hábito religioso, tintado con el color del mando que ocupaban en su jerarquía, desertores de su causa sin ser pública su elección, habían hecho de la extorsión a mediocres médicos y curanderos, su particular ingreso de vida. Un «infirmarium» enmascarado en la gran Catedral de Inglaterra bajo su asfalto, por investiduras y sepulturas de grandes monarcas y personalidades.

Durante años, los traidores apóstatas hallaron fondos sin subordinación alguna a particulares sentencias del Parlamento, pues a expensas del poder de sus Reyes, estos no disponían de ejércitos regulares y sus ingresos eran limitados, considerando la interpretación de cualquier beneficio o intento de restablecer catolicismo como objeto de violenta respuesta.

• • • •

Aquella mujer embarazada de cuatrillizos inundada en sudores se retorció de dolor. La fiebre había elevado la temperatura de su cuerpo por encima de los 40°C, provocándole perturbaciones mentales, delirios, sólo silenciados por el infarto cardíaco que la hizo descansar con la peor de las suertes; «la muerte».

—¡Hay que sacar a los niños inmediatamente! —exclamó el médico al comprobar el fallecimiento de la parturienta —¡Eleonora! —gritó a su ayudante —¡Acérqueme el instrumental !;Rápido!

La anestesia preparada en forma de esponja somnífica, empapada en una mezcla de extracto de beleño, mandrágora y otras drogas, ya no sería necesaria. En su defecto, la disposición de vino para la limpieza de las heridas, más bien le valió únicamente al joven cirujano, a quien su poca experiencia facultativa, excepto las prácticas de recién licenciado ensayadas en algún que otro difunto, le fue más que suficiente como para conducirlo a pegar un buen trago del licor con el fin de paliar su estado de nerviosismo.

Tranquílcese Alexander, se dijo, no tienes nada que temer, nada que temer... ,y clavó la vista en las paredes de la estremecedora cámara, procediendo a efectuar la cesárea mediante una incisión en el abdomen.

Uno por uno, el médico fue sacando cada bebé al exterior sano y salvo entregándolos a manos de la enfermera, quien tras hacer uso de un aspirador nasal, los colocó boca abajo con el fin de que expulsaran los restos de líquidos de las vías respiratorias.

Sin embargo, al separarse de ellos, algo insólito e idéntico a todos en la parte central de sus lomos desconcertó a sus salvadores.

«Aquello no parecía ser obra del hombre».

Puede que de un posible progreso, quizás de la maldad suprema de la Madre Naturaleza reflejada en uno de sus grandes misterios por desvelar...

Y el tiempo pasó...

...en el que el inminente destino de las inocentes criaturas, les condujo a la insospechada vida que la historia no hubo albergado jamás, y al futuro descubrimiento de un ignoto secreto cuya razón comprendía dicha exclusión, pues sólo su causa llegaría a alcanzar un gran poder, aquel capaz de asolar a la «mismísima Iglesia».

1

LONDRES. EN EL PRESENTE

Bajo la luna llena de aquel atardecer de abril, no era sino más que habitual el contempe de los barcos turísticos desplazándose por las aguas del río Támesis, para poder apreciar los lugares más históricos de su emblemática ciudad.

Siempre ha sido uno de esos sitios tranquilos, donde quienes observan sus aguas, sienten formar parte del cristalino paisaje en el que la calma parece inquebrantable.

Para el paso del *Timón*, una de las nuevas embarcaciones mercantes que surcan el afamado río, era necesario el levantamiento del puente elevadizo *Tower Bridge*, pasto de postales y fotos miles de veces tomadas.

Aunque la maquinaria hidráulica original todavía abre el puente, hoy en lugar de máquinas de vapor se emplean motores eléctricos, mejora que no impidió el desafortunado incidente del día que nos ocupa.

Un simple gesto del oficial de cubierta les separaba del fatal desenlace, la última calada antes de lanzar por la borda su cigarro de extenuados segundos humeantes.

Instantes antes de que el mástil del barco impactase contra una de las levas bloqueadas del puente, la hija de una pareja de excursionistas sentados en uno de los catamaranes turísticos, que ondeaba en su trayecto paralelo al comerciante, alertó del evidente próximo choque en su idioma natal, señalando con su pequeño dedo índice.

—¡Mère!

La madre de la pequeña se levantó sobresaltada de su asiento sin pestañear lo más mínimo, sujetando atónita el intenso latir de su corazón. Mientras, el resto de pasajeros con la vista puesta en la pasarela, voceaban escandalizados la inminente colisión.

Pero ni el tiempo ni el espacio dieron tregua a la apresurada oposición de su avance.

Entonces, ocurrió.

El buque mercantil se mecía en el centro de las dos torres estrepitosamente. Sus tripulantes intentaban mantener el equilibrio agarrados a las abrazaderas de carga. Con la mirada puesta en el asta mayor cuarteada y notablemente inclinada, esperaban que aquella terminase por ceder hasta precipitarse a las aguas. Sin embargo, la oscilación de la base la ladeó cambiando su dirección, haciendo desviar su trayectoria de caída, apuntando directamente a las vidas expuestas a su merced.

—¡Corran! —gritó el jefe de máquinas llegando a cubierta.

A punto de vencer por su peso, los marineros se dirigieron en impetuosa huída hacia cualquier hueco techado donde poder ponerse a salvo.

Aterrizó contra la esquina de proa, deslizándose por su barandilla hasta adentrarse en el frío lecho británico, donde como instrumento de hierro tal ancla acabó amarrado a sus profundidades.

«Que inverosímil golpe de suerte».

Ni el famoso puente, ni los tripulantes del Timón, sufrieron más que impacto y susto respectivamente, siendo objeto de noticias en los sucesivos días, en los que la recuperación del palo férreo fue postergada.

Las labores de limpieza que hacía poco se habían realizado en el Támesis, empleando la succión de lodos por tramos de suma cuantía y

complejidad, fue el fundamento transitorio, pues rescatar una pieza de tal envergadura conllevaría un considerable gasto de personal cualificado y despliegue en maquinaria.

«Muchas cosas ya se hundieron antes que aquella».

Aguardarían un próximo saneamiento.

«Y transcurrieron varios años...

...durante en el que aquel mástil ya casi olvidado, fue cubierto por el cieno hasta hundirse en el abismo de las aguas londinenses».

2

UNIVERSITY COLLEGE, 17:55 P.M

—Es todo por hoy. Les aconsejo que hagan un último esfuerzo. Recuerden que no serán admitidos por el Tribunal los proyectos presentados fuera de plazo. Bien, hasta la semana que viene.

El Catedrático de arqueología más reputado de la University College concluía otra de sus apasionantes clases.

Los estudiantes se levantaron enérgicamente de los pupitres. Sentían la liberación previa al fin de semana, aunque en esta ocasión los exámenes definitivos acechaban en la sombra. Y salieron del aula comentando unos con otros las últimas palabras del docente.

—¿Dónde vas? —preguntó una de las alumnas siguiendo con la mirada a su compañera de mesa.

La otra continuó caminando hacia el profesor sin volver la espalda en su respuesta.

—Espérame fuera. Enseguida salgo.

—Christine, otra vez no...

El mentor se adelantó al verla venir terminando la frase para sus adentros.

—Señorita Miller ¿En qué puedo ayudarla?, *de nuevo...*—y miró al techo con gesto aburrido de sus insistentes consultas diarias.

La joven sonrió acariciándose el pelo.

—Profesor Dickens, me preguntaba si tendría algún inconveniente en que acudiera a su despacho en la tutoría de la semana que viene. Como usted bien ha dicho, queda poco tiempo para la exposición final.

Ian Dickens trató de quitársela de encima sin reparo.

«La conocía lo suficiente, y a sus segundas intenciones también».

—Christine, no se ha perdido ninguna de mis clases particulares desde que empezó el curso. No puedo creer que todavía tenga dudas.

—Más de las que usted se imagina... —insinuó la alumna alejándose contoneando sus caderas, mientras vanagloriada de sus encantos se decía así misma: *Seguro que me está mirando...* —y las últimas palabras en la distancia fueron serenas pero tajantes obviando su asistencia —«Allí estaré».

Resignado, el profesor clavó el trasero a su silla como una espina, concediéndose unos segundos para asimilar el nuevo descaro.

Gajes del oficio surrealistas, Dickens, haber elegido investigación...

Entre tanto, la compañera de su seductora alumna, le esperaba apoyada en la pared más inmediata a la puerta.

Christine acomodó su espalda en ella dejando caer los hombros, y exhalando un profundo suspiro acompañado de un movimiento de cabeza,

volviéndose hacia su amiga con suma serenidad, «tanto, que parecía invitarla a relajarse al mismo tiempo que ella», fue escueta e inexpresiva.

Seguía atrapada entre el pasmo amoroso y una ciega atracción.

—¿A que es guapísimo?

Su amiga miró hacia el suelo con indiferencia.

—Si tú lo dices...

—¡Por Dios Gladys! Jamás le dedicas tiempo al amor. Sólo te interesan los coleccionables de rocas prehistóricas —afirmó con cierta ironía.

—Minerales arqueológicos definidos —puntualizó.

—Perdone usted, entendida de lo primitivo.

—Arqueología —volvió a concretizar.

—Sí, sí, ya...

Gladys tardó cinco segundos en escupir sus pensamientos.

—¡Despierte señorita Miller! ¡Tiene treinta y tres!

—¿Y qué? La edad perfecta. ¡La de la inmortalidad! La del sueño de la eterna juventud. La edad de Cristo...

—Tonterías. Es diez años mayor que tú, y ¡Tú profesor! Esa es la correcta interpretación.

Christine rodeó los hombros de su amiga con el brazo.

—Mi querida Gladys, deberías comprender que el atractivo propio como el de ciertos intelectuales, resulte interesante...

Su compañera hizo caso omiso a aquella pretenciosa afirmación que hacía por aparentar más madura. En su respuesta, más bien ingresó el ataque junto a una mueca sonriente, haciendo objeto a Christine de su próxima burla.

—Qué casualidad, mira quien viene por ahí, tu otro amor...—«aquel sarcasmo sólo podía ser correspondido con un codazo» —.¡Ah!¿Qué?! Patrick es muy inteligente ¿O sólo te seducen de treinta para arriba?

Aquel chico bebía los vientos por ella sobremanera. Para Christine, era un personaje zalamero exageradamente empalagoso, al que no consideraba poseer el encanto físico ajustado a los suyos.

—Es un crío —afirmó por decir algo. «A penas lo conocía».

—¿Te refieres a un hombre de tu edad? —ironizó Gladys, y a continuación compuso una expresión apenada, recordándole en pocas palabras, que su paciencia no era nada comparada con la guardada por aquel —.Está enamorado de ti desde el instituto.

No puedo creer que lo diga en serio, se dijo la rubia. Luego, le dedicó una mirada agotadora insinuando que era ella quien merecía el reconcomiendo a su resignación.

Patrick estaba muy cerca. No podía seguir hablando. Pero aún así tuvo el valor de eludir su saludo con la mirada.

—Eres increíble —murmuró Gladys. Mirándolo a sus espaldas, la expresión de su rostro denotó disimuladamente que en realidad era a ella a quien de verdad le gustaba. Y se pronunció de nuevo protegiendo la verdad —.Deberías darle una oportunidad, al menos como amigo...

Christine cortó la conversación de cuajo bajando la voz hasta convertirla en un susurro imperioso —¡No insistas...! —se aclaró la garganta avergonzada de haber chillado en público, «*una señorita con clase nunca lo hace*», y cambió de tema —.De momento ¿Porqué no planeamos el fin de semana?

—Quedan pocas clases, deberíamos aprovechar los últimos días y estudiar.

—¡Vamos! ¡Es viernes! Démonos un respiro.

Cualquiera diría que ha estado estudiando últimamente con asiduidad, pero si le hace más falta que a mí..., pensó Gladys.

Christine le dedicó una tierna sonrisa. Aún a sabiendas de ser conocidas sus embaucadoras facetas, «hay cosas que nunca deben admitirse aunque las sepa todo el mundo», continuaba manejando muy bien la persuasión.

—Vayamos sólo a tomar algo...—insistió —, volveremos enseguida. Te lo prometo.—y colocó una mano sobre su pecho en símbolo de juramento, cruzando los dedos de la otra en su espalda —.Palabra de la señorita Miller.

Gladys asintió tras mirar su reloj echando a correr.

Estaban a punto de perder el metro, aunque era costumbre ser la primera en sucumbir ante su testaruda amiga de la infancia.

Christine conservaba el cuerpo de la gimnasia rítmica que la acompañó desde su niñez. Un físico envidiable de metro setenta y tres, que poco le costaba mantener intacto, más que con cuidados diarios en la comida, pues el deporte hacía un año que lo había aparcado en la estantería de su habitación en forma de aparatos deportivos. De rubia cabellera, su media melena rizada y ojos marrones de pantera, le terminaban de conferir su «mini título de modelo». Sin embargo había algo que henchía su ego, pues asomando de entre su corto y oscuro cabello, los ojos de Gladys de sorprendente color verdoso, eran exactos a los de su madre, algo que de vez en cuando afloraba la rabia de su interior por no haber heredado.

«Eran tan distintas...», y sin embargo nada en su carácter les había conseguido separar jamás.

2.1

Salieron de la Universidad a toda prisa en dirección a *Euston Square*, la parada más próxima de metro. Después, hicieron transbordo hasta *Tower Hill*, pues ambas eran vecinas en *Pepys Street*, una de las cercanas calles a la conocida Torre de Londres.

El incesante tránsito de turistas junto a la propia población en los trenes subterráneos, convertía los vaivenes en un auténtico suplicio desde cualquier estación del tubo londinense. Ninguna disponían de coche propio, más que de los abonos públicos *travelcards*. El bullicio de Londres y todo lo que traía consigo, ya formaba parte de sus vidas por obligación y costumbre común a las de la mayoría de las grandes capitales.

El altavoz del metro emitió el nombre de su parada haciéndose oír a duras penas entre el gentío, invitándoles a atravesar *Cooper's Row*, la calle que cruzaba perpendicularmente la de sus domicilios aledaños.

—¿A las siete en *The Dove*?!—dijo Christine acertando con la llave en el cerrojo de su patio.

Gladys la miró enarcando las cejas con suspicacia.

«Aquel sitio era un pub muy famoso donde seguro beberían más de la cuenta». Pero estaba cansada y no tenía ganas de debatir nada, así que asintió encogiendo de hombros.

—¡De acuerdo! ¡Mejor, te recojo a esa hora!

La rubia levantó la mano gesticulando un 'O.K'.

¿Qué mosca le habrá picado? ¿No se queja? En fin, aprovecha Christine...

2.2

The Dove es una Taberna muy famosa en Londres, lugar preferido de copas por muchos jóvenes universitarios. La posada del siglo XVII era uno de los locales favoritos del novelista católico Graham Greene y del escritor estadounidense Ernest Hemingway, donde las vigas de roble en su cálido hogar y la barra más pequeña de Gran Bretaña, son las principales atracciones del establecimiento.

Su terraza junto al río Támesis proporciona un punto privilegiado desde el que presenciar eventos tales como las carreras de remos entre las Universidades de Oxford y Cambridge a su paso por Hammersmith.

2.3

La puntualidad de Miller solía ser casi inexistente.

Acabó de ducharse a las siete en punto.

Envuelta en su albornoz blanco, perdió la noción del tiempo embobada frente al retrato colectivo de su promoción académica, más bien sobre la imagen de su idolatrado profesor Dickens, donde aparecía en el extremo superior derecho junto a otros colegas de profesión.

Estoy deseando que llegue el lunes, se dijo plantando un beso sobre la foto. *Tras cinco años, no puedo creer que esto se acabe*. «Ni que lo suyo se tratara de un noviazgo que llegaba a su fin...».

Después, se acercó hasta la estantería de al lado de su cama y puso en marcha el equipo de música insertando el CD de su cantante preferido, ‘Bon Jovi’, y canturreando la primera canción en aleatoria, *Always*, terminó de arreglarse hasta lamentar escuchar el timbre de la puerta percatándose de la hora.

¡Oh, no! Me ha vuelto a pasar, Gladys acabará odiándome...

El carácter coqueto de Miller la entretuvo quince minutos más de la cuenta, tras los que salió a toda prisa hacia el comedor, donde la morena le esperaba sentada en el sofá junto a su madre.

«Daba igual».

Dicen que la confianza da asco, pero sabía por experiencia que aquel tipo de maldad insensata era más que perdonada por su mejor amiga, una y otra vez...

Christine miró de reojo a su progenitora observando el vacío ventanal, lanzando un guiño camuflado.

—Mamá, ¿Ves?, siempre entreteniéndome, teníamos que haber descolgado las cortinas ayer.

Claro, pensó Gladys mientras su madre y ella se miraban obviando su incorrección dando la informalidad por olvidada. Por suerte para su amiga, siempre fue presa de una paciencia inenarrable.

Sin embargo, Miller, solía ser diestra en enmendar sus tardanzas con curiosa esplendidez.

—Te compensaré. Hoy invito yo a las cervezas.

Encima va de graciosa, sabe perfectamente que apenas bebo alcohol...

2.4

La identidad del camarero de terraza en The Dove, fue una sorpresa para sus clientas recién llegadas, lo que hizo que Gladys tuviera que contener la risa dirigiendo la mirada hacia el río.

—Dios mío, no me lo puedo creer... ¿Y hoy es viernes? —susurró Miller desabrochándose los botones del abrigo.

—Vaya, Patrick, no sabía que trabajabas aquí —dijo Gladys.

—Empecé hace una semana. Estoy ahorrando para el doctorado.

El joven levantó el mentón con orgullo clavando la vista en Christine.

Pero aquella, pendiente de la silueta de alguien que caminaba por el Puente de las dos Torres, creyendo distinguir ser otro compañero de estudios, hizo caso omiso.

—¡Mira es Kyle! —exclamó levantándose de golpe. Y avanzando unos pasos hasta el muro que delimitaba los laterales del río, se detuvo a los pies del paredón.

Después de escuchar aquel nombre, Patrick sabía que no tenía nada que hacer. Gladys también se acababa de compadecer de él con la mirada. No es que Kyle fuera demasiado guapo, pero su aspecto chulesco resultón era suficiente para las chicas. «Ese ‘algo’ inexplicable que misteriosamente suele atraer».

Miller se percató de haber sido vista, sonrió y bajó el saludo de su brazo dirigiendo sus ojos hacia el río.

La refracción de las luces del puente sobre el agua, devolvió fielmente el reflejo de su dulce rostro sobre las sutiles ondas, hasta hacerle fruncir el ceño, pareciendo darse un suceso en apariencia sin importancia, pues algunas burbujas de aire empezaron a brotar de la brillante superficie de modo continuado, borrando la imagen del sorprendido semblante de Christine.

Qué extraño, pensó sin perderlas con la mirada. Y se inclinó un poco más empujada por la curiosidad.

Pero su interés pronto se ausentó al ver cómo éstas mermaban hasta desaparecer, y retrocedió unos pasos con la intención de volver junto a Gladys.

Sin embargo, a los pocos segundos escuchó algo que la que la incitó a asomarse de nuevo, como el sonido de ligeros chapoteos, ignorando la presencia de Kyle, que ya se encontraba casi a su lado.

Se aproximó con recelo, muy lentamente, hasta hacer coincidir su mirada con el sector del agua más próximo al muro.

Cobarde..., se dijo tras no ver nada, y sonrió pensando que la desconfianza había sido fruto de su inherente temor al mar.

Sin embargo, cuando su menté relajó su inquietud, justo antes de darse la vuelta, algo insólito ocurrió.

Como delfín en pequeño salto, un arcón de madera de considerable largaríe emergió de golpe, provocando un repentino sobresalto en el corazón de Christine.

Petrificada, observó la vetusta arca cubierta de algas.

—Pero...¿Qué demonios es...eso? —susurró

El pasmo de Miller no respondió a la llamada de Kyle, quien fue el segundo en asomarse.

Su amigo no daba crédito a lo que sus ojos veían.

Y así, tras el aviso de aquellos, el resto lo descubrieron.

No era habitual encontrar objetos de esas dimensiones flotando en el Támesis, más que algún que otro papelorio sintético o restos de comestibles arrojados por ingratos a la naturaleza.

En poco tiempo, desde el parapeto de hormigón, decenas de curiosos observaban el misterioso cajón a modo de féretro, que a oscuras horas del día ponía los pelos de punta ante la inmensidad del río más importante del sur de Inglaterra.

2.5

Alertados por los propios testigos, los agentes del orden público se personaron en sus coches policiales con el disonante ulular de sus sirenas, partiendo el tráfico como un cuchillo.

Como de costumbre, la prensa había llegado antes que ellos.

La zona fue acordonada ipso facto, donde numerosos reporteros esperaban recoger con prudente sagacidad, las mejores fotos de lo que aquello pudiese encerrar. Sin embargo, lejos de que las entrañas del enigmático arcón provocasen escándalo o entusiasmo, priorizaría la confidencialidad. Hasta nuevas órdenes, nadie podía destapar el contenido de aquella caja de tapa plana, unida con bisagras por uno de sus lados, y con candados y cerraduras por el opuesto.

Evidente a los ojos, únicamente era su aspecto externo.

«No parecía pertenecer a esta época».

Entonces, un automóvil híbrido se abrió paso entre la multitud.

El arcón fue amarrado a sus cadenas, cuya máquina unida a varias poleas, lo elevó por el aire con un gancho hasta hacerlo descansar en su base trasera para finalmente cubrirlo con una manta.

Su destino, el prestigioso *Darwin Center*.

El hallazgo dio pábulo a numerosos rumores en todo el Mundo en los sucesivos días, pues aquellos que lo presenciaron no tuvieron sus bocas calladas por mucho tiempo, y la prensa no hizo más que confirmarlo.

Lo que nadie podía imaginar es que aquel descubrimiento, era sólo el comienzo del crepitar de un fuego incombustible, del que muy pronto se desearía alcanzar «la paz de sus cenizas».

3

DARWIN CENTER 7:13 A.M

El teléfono sonó antes de que el despertador del predilecto profesor de Christine alterará el plácido latir de su corazón.

Siempre tuvo el sueño profundo y un mal despertar.

Dickens, incómodo, emitió un gruñido.

¿A quién demonios se lo ocurre llamar a estas horas?, y apretó los dientes con una rabia fría. Con los ojos entornados, buscó a tientas el interruptor de la lámpara en la mesilla de noche, la encendió y descolgó el auricular.

—¿Dígame?

—¿Mr. Dickens? —dijo la voz de un hombre —¿Ian Dickens?

El profesor contestó con un sonido ronco en tono desagradable, como el filo de un bisturí desplazándose sobre sus dientes.

—¿Quién es?

—Espero no haberle despertado —se atrevió a decir su interlocutor bajando la voz. «Era evidente que sí», y escogió con cuidado las siguientes palabras. «Las bromas las había ensayado muchas veces, pero era una de las pocas cosas para lo que era un auténtico negado» —.Levante las manos y gírese —prosiguió suave, pero de modo imperativo con matiz violento.

Esa voz...—pensó Dickens reflexionando sobre su deje gutural de tormenta lejana, *la conozco...* —Dios mío...¿August?

—¡Maldito lenguaraz!

No había dado tregua ni un minuto al placer de su engaño.

El profesor se frotó la cara, se puso de pie y exclamando con ímpetu — ¡August Colins! ¡Cuánto tiempo! —, después, se dirigió hacia su mesa de estudio, apoyó el inalámbrico en su hombro y empezó a recoger las tazas de café de la noche anterior —¡¿Qué es de tu vida?! —preguntó casi despejado.

—Acabo de llegar de América ¿No pensarías que ibas a deshacerte de mí para siempre? —insinuó terminando su frase en carcajadas.

—¿Contigo? Imposible ganar la batalla —admitió el otro llegando a su habitación.

Abrió la ventana y dio un estirón a las sábanas de la cama.

Un desastre, como siempre... se dijo contemplando la cantidad de arrugas. Jamás se aclaró con esas telas, ni siquiera comprendía cómo algo en apariencia tan simple, podía quedar tan descolocado.

Tampoco tenía muchas visitas, «que más le daba».

Dickens cambió de tema a su mente.

—¡Quedemos para charlar!

—¡Claro! Estoy en Darwin, pásate por aquí, tomaremos algo.

Las intenciones de su amigo continuaron mal camufladas, y colocó con parsimonia, meditativo, el cojín en el cabecero.

«Las casualidades no eran algo que le inspiraran demasiada confianza».

Colins siempre había sido un trabajador empedernido cualquier día de la semana.

—Señor August Colins, los viejos tiempos avalan nuestra amistad y siempre es grato tener noticias tuyas, pero..., me llamaron ayer.

—Lo sé. Me declaro culpable. Te he recomendado.

Dickens se rascó nervioso el mentón.

—Lo siento, pero dejé muy claro que no quería ser incluido en la investigación, prefiero seguir con mis clases. Te lo agradezco.

—Ian, sabes como yo, que al terminar la Universidad, no viniste a trabajar conmigo a los Estados Unidos por Alison.

El catedrático respiró hondo.

—Por favor, no vayas por ahí August... —.Silencio —.Escucha. Esa etapa de mi vida fue maravillosa, pero forma parte del pasado. Opté por la enseñanza, me va bien, no me puedo quejar...

—Siempre te apoyó. Ella hubiese querido que hicieras lo que más te gustaba. Ven. No te arrepentirás —.Hubo otro silencio más breve —.Tranquilo Ian, te doy mi palabra de que tu mente de experto arqueólogo quedará más que recompensada.

Hubo un último silencio, y este fue muy largo...